

Carta de Brasil

Pelé y Ronaldinho

Horácio Costa

Debido al fenómeno meteorológico llamado «La Niña» –enfriamiento aparentemente inexplicable de las aguas del Pacífico en las costas del Perú–, que sigue al no menos aparentemente inexplicable «El Niño», este año tenemos en el sur de Brasil un invierno frío, considerando estas latitudes. São Paulo amanece gris todos los días, después de noches en las que raramente el termómetro supera los 10° Celsius. La ciudad, que nunca fue bella pero que se enorgullece de su *facies* industrial, gris y fría y húmeda como en las mañanas de este invierno, es más ella misma que nunca: fea, tentacular, magnífica. Ahora bien, este clima no ayuda para nada a la recuperación psicológica de los habitantes, después de la derrota vergonzante sufrida por Brasil ante Francia en el Campeonato Mundial de Fútbol en el estadio de Saint-Denis.

En Brasil, los campeonatos de fútbol son una cosa serísima: en ellos se juega el amor propio de todo un pueblo; son rituales populares de primer grado. El antropólogo Roberto da Matta intentaba explicar al *New York Times* el significado del fútbol en Brasil; no lo puedo citar porque no tengo conmigo la entrevista, pero sí me permito parafrasearlo. Da Matta dijo que a través de los campeonatos de fútbol se afirman los rasgos más entrañables del brasileño, entre ellos nuestro optimismo muchas veces infantil (nuestra eterna categoría de «país del futuro»), se conmemora implícitamente nuestro mestizaje racial (el equipo brasileño, formado por arios como Taffarel, el arquero, y por negros como Junior Bahiano y por tantos mulatos con menor o mayor grado de mestizaje, es buen ejemplo de ello); además, los campeonatos de fútbol dan una demostración *urbi et orbe* de lo que es el cuerpo –al menos el cuerpo masculino– de los brasileños, gente tan marcada, como es consabido, por las experiencias sensórea y sensual. En un país tan variado y que presenta una notable ausencia de retórica nacionalista basada en figuras heroicas e históricas, la catarsis colectiva que nos ha brindado el fútbol durante más de cuatro décadas no puede ser pasada por alto por cualquiera que desee interpretar a Brasil: nuestros equipos son nuestros agentes mitológicos para esta operación catártica y her-

menéutica, son elementos retóricos *in nuce*; para decirlo con brevedad, son en sí mismos idealizaciones y cristalizaciones del *homo brasiliensis*.

Arriesgando una comparación no muy descabellada, los jugadores de fútbol representan para nosotros lo que el *star system* a los estadounidenses: nuestros niños «de oro» ofrecen en lo cotidiano la proyección sublimada, o el escape si se quiere, para el hombre común, tal y como los astros y estrellas de Hollywood «compensan» la mediocridad de la vida de la mayor parte de la población norteamericana, apretujada entre el consumismo compulsivo seis días a la semana y la iglesia dominical. Pero esta comparación esconde un cuchillo de dos filos: si el *star system* desde el principio supuso una utilización deliberada de sus participantes por los mecanismos capitalistas de producción y de venta (al fin y al cabo, el cine siempre ha sido una industria), el fútbol trae consigo un origen popular que *en principio* se opone a ellos. O sea, el fútbol, al menos idealmente, tiene una raíz precapitalista, que semánticamente *no permite* —o no debería permitir— su aprobación, ni siquiera su cooptación, por los esquemas crecientemente corporativos del mundo contemporáneo. Expresión premoderna de un pueblo que debido a las fuerzas históricas del siglo presente tuvo que moverse hacia la modernidad (y eso con muchos traumas y dudas) no es casual que el fútbol brasileño conociera su auge en el momento de nuestra transformación industrial más acelerada, en el tiempo de nuestra «modernización»: los años 50 y 60.

El «fútbol-arte» de los jugadores brasileños de aquellas décadas, consagrados en los campeonatos mundiales de Suecia (1958), Chile (1962) y México (1970) se equipara con la construcción de Brasilia, el «cinemano» y la «bossa-nova», de Río de Janeiro, las Bienales de Arte y el movimiento de la poesía concreta, de São Paulo, como uno de los elementos definidores de la inventiva, además de los propósitos, de los brasileños frente a las demandas de la historia moderna. En aquella «era dorada», en la que a pesar de los militares advenedizos (a partir de 1964), el mito de un país que se realizaría en el futuro no se deshizo (al revés, se fortaleció), el fútbol se mantuvo con un aura intachable, que evidentemente atrajo la codicia de los detentadores del poder, que usaron y abusaron de ella para ampliar su control sobre la política y la economía nacionales.

Pelé, el «Rey Pelé», el mago de los goles, el estratega de aquel fútbol-arte, es el prohombre de la época. Él encierra todas las virtudes del jugador clásico: un estilo personal sublime, una salud física y mental a toda prueba, un *esprit-de-corps* nunca disminuido, todo aquello que llevó al reconocimiento inmediato, y perdurable, de su innegable talento. Recuerdo bien una escena apoteósica: cuando Pelé marcó su milésimo gol, en un campe-

onato brasileño. Los hinchas literalmente invadieron el césped y lo cargaron en hombros. Esta fue una de las pocas veces en las que un partido de fútbol fue interrumpido por los espectadores y no tuvo continuación; el homenaje al ídolo fue más importante que el partido mismo. Pelé, a quien los locutores entrevistaban mientras era llevado por sus admiradores, respondió llorando que, después de esa lograda marca histórica, lo único que le preocupaba eran los niños de la calle en Brasil. Como vemos, como un verdadero «héroe clásico», en este momento Pelé es todo virtudes: tal y como los modelos ahistóricos, inalcanzables, parece un ser bidimensional, un *chevalier sans gêne et sans tâche*.

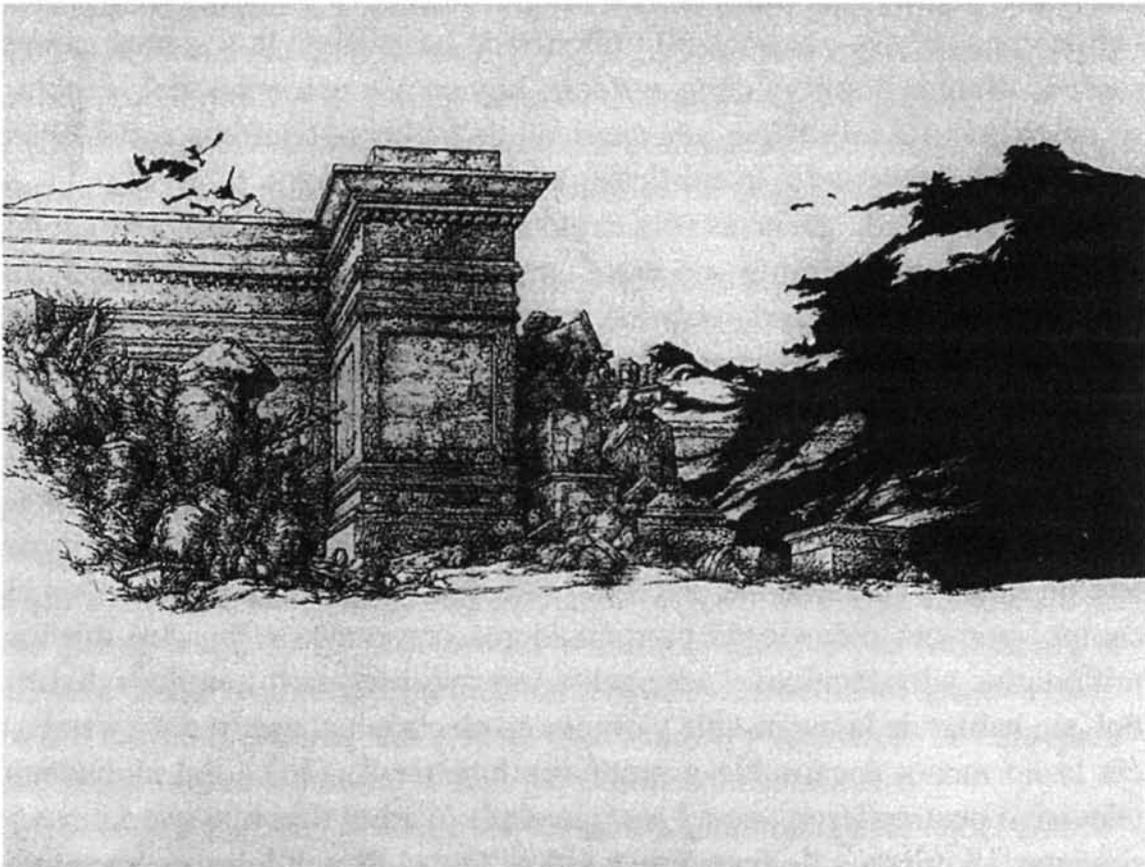
Ahora bien, tales figuras generan un problema de sucesión, sea en las partes plásticas, la literatura o el fútbol. ¿Cómo suceder a Pelé, y más aún después de que la sociedad que lo vio crecer y florecer se ha transformado en el fondo y en la forma? El Brasil democrático —esto es, el Brasil gobernado por civiles, a partir de 1985—, ha dejado atrás algunos de sus «mitos fundacionales» (por ejemplo, la creencia ciega en el futuro, o en la Providencia, que es lo mismo). Basta con decir que, en el período del desarrollismo —en la copa del 58—, éramos 60 millones de brasileños; hoy somos ciento sesenta; éramos una economía agrícola, hoy somos una industrial, e incluso postindustrial (el *skyline* y la cantidad de números telefónicos 0-800 en São Paulo, por ejemplo, lo confirman).

En esta sociedad, que no es sólo explosiva, sino que ya ha explotado, todo se ha complicado bastante —no hasta un punto de total entropía, cuando ya todo es igual a todo, cada término intercambiable en su indeterminabilidad—, pero sí lo suficiente para trastocar todos los papeles sociales, todos los protagonismos, como si el devenir mismo de la sociedad entera estuviera constantemente en jaque.

Pues en medio de tal ensaladilla rusa, (¿cómo suceder a Pelé?) se preguntará en noches insomnes el asustado Ronaldinho, el niño de barrio de Río de Janeiro empujado al estrellato futbolístico debido a sus dotes en el campo, por una pléyade de patrocinadores corporativos, por los dueños millonarios y los técnicos y administradores voraces de los equipos de fútbol, sin hablar de la incansable y omnívora electrónica, que traduce y negocia la no menos incansable y omnívora hambre de ídolos del ciudadano televisivo postmoderno —aquel ser que Andy Warhol dijo que quería experimentar 15 minutos de fama en su vida—. Quizá Ronaldinho, en su sencillez (que sí es simpático y sencillo el chico), no se plantee tal cuestión; quizá sólo ahora, después de la *debâcle* de su participación en la Copa del Mundo, y acosado por toda suerte de comentarios alevosos sobre su salud física y mental (que si es epiléptico, que si vive gracias a las cantidades

masivas de todo tipo de medicinas, que si cedió a la presión de la Nike y fue a jugar sin tener condiciones para ello, etc.), empiece a preguntarse a sí mismo cuál es el sentido de su trayectoria.

Ya se ha dicho que la fama precoz es la peor enemiga del artista, y quien conoce un poco lo que significa el período formativo en la vida de un escritor o un artista puede evaluar esta aseveración. Los astros del fútbol, sin embargo, están destinados a ser famosos precozmente: lo mismo pasó con Pelé en su tiempo. En el Mundial del 58 «el rey» tenía 17 años, así como Ronaldinho en el 94 en Atlanta. Sin embargo, las tensiones a las que Pelé estuvo sometido para afianzar su carrera no son ni por asomo semejantes a las que Ronaldinho tiene que someterse para entrar en campo. A lo mejor el chico todo lo que quiere es jugar, y punto. Como dije antes, todos los roles hoy en día están trastocados: en la tembladera postmoderna, todo es y no es al mismo tiempo, y la duda hamletiana se ha hecho chatarra, para bien o para mal.



Postrimería. Aguafuerte, 1987